

# Dossier bibliográfico

---

## Notas

Jesús Moreno Sanz, *El logos oscuro: Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, Madrid, Verbum, 2008, 4 vols.

### Una lectura *insular* de *El logos oscuro* de Jesús Moreno Sanz

No es mi intención describir este libro, mucho menos comentar siquiera generalmente todos sus contenidos, porque los cuatro tomos que conforman *El logos oscuro: Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano. El eje de El Hombre y lo divino, los inéditos y los restos de un naufragio*, de Jesús Moreno Sanz, el ya antiguo autor de *Encuentro sin fin...*, configuran 1.741 páginas. Eran muchas más, como me consta. Y sólo un doloroso proceso de destilación, no sólo filológico y editorial, sino sobre todo espiritual, logró reducirlos a este sin embargo océano de sentidos. Por si fuera poco, no es un libro lineal, no avanza horizontal, analógicamente. Digamos que su mirada casi siempre es vertical, anagógica. Pero lo que lo hace más diverso, profundo e inabarcable en el fondo es su dialogismo visceral. Casi todas las grandes voces del pensamiento occidental, e incluso de otras culturas, son convocadas aquí, confrontadas, aunadas con la voz, el alma, como diría José Martí, “trémula y sola” de (para decirlo con Eliseo Diego) “aquella muchacha llamada María Zambrano”.

No es por azar o por un provinciano nacionalismo que he nombrado, como al pasar, a dos escritores cubanos. La vigorosa impronta

cubana, *insular*, de este libro es un misterio, confieso, todavía inaprensible para mí. ¿Y por qué no romana, por ejemplo? ¿Por qué esos trece años de su estancia en las islas fueron entonces tan decisivos? Bueno, de eso también trata este libro, como que discurre a partir de un centro imantador o *imán irradiante* (como advierte Moreno Sanz): *El hombre y lo divino*, concebido y escrito casi en su totalidad en sus años de exilio cubano. Creo que hay algo más que la dilatada, fructífera y dolorosa extensión de esos años. Más también que la oportunidad o coyuntura (recuérdese: derrota de la República española y Segunda Guerra Mundial), quiero decir, la concurrencia de su madurez con un tiempo y un espacio determinados, con ser mucho, yo diría que muchísimo, esto último... Pero ¿me atreveré a decirlo o a imaginarlo siquiera? A veces, confieso, me sentía un poco abrumado o incluso avergonzado de esa insistente atmósfera *insular*. Sólo aventuro dos nociones: *isla* y *catacumba*. Y a su vera otras dos: *exilio* y *descendimiento órfico*. Cuba, su “Cuba secreta”, su “patria pre-natal”, su “secreto” de amor, fue el lugar de su desposesión, de su viaje de reconocimiento hacia (o vivencia de) el mundo de lo sagrado. Fue su Mediterráneo griego redivivo. Como el regreso simbólico al principio de una historia inacabable. Fue entonces un destino espiritual y carnal (*Delirio y destino* fue escrito allí). Y fue el comienzo de una gran soledad. Además que el sustrato profundo o, como me gusta decir, el *légamo reminiscente*, de su razón poética. *Logos oscuro*, dice

Moreno Sanz, y, ciertamente, después de varias versiones de título, es éste sin duda el más exacto, aunque vale recordar que como escribiera un antiguo filósofo cubano: *la verdad más exacta es la que no se puede definir*. Pero sí, me atreveré a decirlo: María Zambrano quedó, una vez que se despidió definitivamente de Cuba (¿salió alguna vez?), “encantada” en el mundo maravilloso pero también terrible de lo sagrado, en ese *logos oscuro* con el que debía empero salir hacia la luz. Que no pudiera hacerlo del todo es su inextricable misterio personal pero, como prueba este libro, ello tuvo consecuencias negativas para la no resolución de su crítica de una razón discursiva, lo cual le impidió coronar su obra, al menos desde la perspectiva filosófica tradicional.

Pero regresemos al libro de Jesús Moreno Sanz... La desmesura ¿no es hija de la soledad? Ese barroquismo del pensamiento, ese *horror vacui*, ese énfasis, o esas reiteraciones o circunvalaciones ¿no delatan un síntoma (pavoroso)?, ¿una insuficiencia? ¿El síntoma?: ya no sabemos ni siquiera ser *hijos*. El filósofo (a quien ya casi le da vergüenza reconocerse así) parece destinado sólo a describir síntomas. Se demora en la descripción de un proceso, pero con melancolía. Es como el autismo de las ruinas. Imposibilitado de situarse *más allá*, sólo puede conjurar (soñar, profetizar) un remoto confín. Pero la tierra desconocida, aunque anhelada, le es morada inhabitable. ¿Por qué el pensamiento ha llegado a ese punto suicida desde donde aspira a desaparecer para renacer transfigurado en algo que le es por naturaleza desconocido? De ahí la inevitable paradoja del “ansia de paraíso”... Confinamos al pasado, al pos-principio, al reino del cual fuimos –según el mito– expulsados (pérdida entonces de la responsabilidad), el origen de nuestra desventura. Recuerdo ahora un verso de un origenista (Octavio Smith): “y destronado fui mientras dormía”. Pero convengamos en que, de ser así, todo estaría predestinado, cuando ya sabemos que el camino del poder en la cultura occidental (el poder, es decir, su manipulación instrumental) comenzó por lo menos desde Platón... ¿Por qué entonces este enorme desasosiego, este “pecado sin culpa”, como diría Lezama, que late

como un estigma sobre todo en los últimos filósofos de nuestra Edad Caótica?

Todo en este *logos oscuro* de Jesús Moreno Sanz nos compele, por exceso, a la necesidad, ya clamorosa, de abrir las puertas de la percepción. No es –como suele parecerle al conocimiento lúcido pero limitadamente retrospectivo– cuestión de regresar al principio, de rescatar un conocimiento o una plenitud o una esperanza perdidas. Eso, por más que nos pese, es imposible. No es cuestión de regresar a una encrucijada y recomenzar: apostar por otro camino que en el fondo nos sería igualmente desconocido e imprevisible. Partimos de ese presupuesto, de esa casi obviada, pero en el fondo sabemos que no es tan sencillo. La mayor intuición que delata este libro es aquella citada de *Así habló Zaratustra*, la que se deja leer: “los hombres que comprenden que viven bajo ese eclipse, los receptores de la muerte de Dios, quedarán, dice Zaratustra, *iluminados por ella como una nueva aurora*”... Porque de lo que se trata es de que el hombre, el sujeto, se renueve, se transfigure, se convierta en *otra cosa*... Pero –repito– ¿cómo discurrir sobre lo que anhelamos y nos es a la vez desconocido? ¿No consiste en eso la *catacresis*: nombrar lo que no tiene nombre, recurso por excelencia de la expresión poética? Toda la ambigüedad del saber extraño y singular de María Zambrano (de Lezama también) se sustenta en esa contradicción, en ese imposible. Por eso Lezama calificó irónica pero trágicamente su sistema poético como una locura. La misma apetencia de una “razón poética” parece por su propia naturaleza confinada al fracaso. Preciso: es que el fracaso le es consustancial. Conjura el fracaso, lo atrae, diría Lezama, como “fragmentos a su imán”. Pero ésa es acaso la premisa de la resurrección, o su resguardo al menos. No es fortuito que, como reconoce Moreno Sanz, a María Zambrano le sea más fácil recorrer el camino hacia los *profundos*, hacia ese *logos oscuro* de la vida sumergida, que desandar después el camino de regreso, como ella tanto apetece, y completar su inacabada utopía de una radical crítica de la razón discursiva. ¿Pesa el conocimiento como cae el brazo?, preguntó Lezama alguna vez...

Todo este libro revela ese síntoma. Es como la historia de un trágico fracaso. De su casi inherente imposibilidad de ser leído (racional e íntegramente) a la manera tradicional, rezuma una lección sutil: sólo por un exceso, una desmesura, un delirio, saldremos del laberinto (o por una radical desposesión también, lo que es lo mismo en el fondo). Hace falta un *más* a la vez que una monotonía. Me explico: el *más* es la flecha lanzada a lo desconocido. La monotonía (y su angustia) es la que crea la inevitabilidad del lanzamiento. En Moreno Sanz acaece como un retiramiento, una suerte de lúcido escepticismo, como pedía Machado. Ni siquiera la mayor asepsia intelectual, la apariencia de un acendrado rigor de la razón (que aquí se derrocha a raudales), logran salvarlo de su ambigüedad, de su inevitable vocación de fracaso. Repárese en algo: las "verdades" que nos transmite este libro (lo que nos transmite como lección siempre postrera, casi como un susurro, todo el pensamiento de María Zambrano) son muy sencillas, casi obvias, pero también muy profundas, muy radicales, en su necesaria o inevitable ambigüedad. Por eso el pensamiento "progresista" o "imperialista" o "técnico" o "cientificista" la confina a una suerte de limbo marginal. En el fondo sólo quieren continuar, insistir, no *recomenzar*. Aunque ya sepamos que ese *recomienzo* no puede ser retrospectivo. No hay paraíso perdido. No puede ser recuperable. Sólo hay paraíso como horizonte, o paraíso como re-creación, transfiguración (de lo cual son testigos, creaciones vivientes, los *hombres verdaderos* o *bienaventurados*...), y es muy significativo que María Zambrano le otorgue esa singular jerarquía a José Martí, primero, y, finalmente, la consagre con José Lezama Lima). El olvido es tal vez necesario. Recobrar (o crear) una inaudita inocencia, una dimensión sobrehumana, o unos "nuevos sentidos", como diría Lezama, para la resurrección ("El Paraíso será comprendido más allá de la razón. Su presencia acompañará el nacimiento de unos nuevos sentidos", profetizó el Etrusco de La Habana Vieja).

Un aporte inesperado pero casi natural de este libro es situar a Lezama en su ámbito

natural. Por primera vez el autor de *Paradiso* se mueve entre sus pariguales en cierta *esquina de Alejandría*, en un *Pabellón del vacío* que es paradójicamente el lugar y el tiempo de todos los encuentros posibles e imposibles. Alguna vez escribió (a Cintio Vitier) melancólicamente: "Se nos fue la vida hipostasiando / haciendo con los dioses un verano". Moreno Sanz acaba de sorprenderle en un eterno verano. No se sabe a veces cómo agradecer la justicia (y la valentía) de esa percepción. Lo que parecía exotismo se vuelve naturaleza o sobrenaturaleza. Lo que se percibía cuando menos como *raro*, ahora es *lo maravilloso natural*. Pero más allá de toda la enorme jerarquía que alcanza Lezama (por contraposición a un mero y limitado o provinciano nacionalismo alabancioso), gracias a esa *justicia poética* de Moreno Sanz (y a su insondable hospitalidad), su mayor desmesura es la que viene a situarlo en la más radical orfandad. María y Lezama son, acaso con la excepción de Nietzsche, los que ofrecen los testimonios más puros, más rotundos, más trágicos en el mundo contemporáneo de la orfandad de la cultura occidental, acaso porque también en ellos está implícita, a diferencia de otros "filósofos", algo así como la ensoñación de una salida, una apertura... ¿No escribió Lezama: *la poesía es como el sueño de una doctrina*? Ir hacia lo imposible ¿no es ir también hacia el fracaso? Pero hacia un fracaso que se reconoce como génesis de una posibilidad desconocida. Es como decir: que vuelva a nacer Dios. Un dios niño que juegue a ser un hombre cósmico. Sí, de nuevo un comienzo salvaje, pero, a la vez, atravesado por un rayo extático de Amor. De ahí la necesidad de aunar mística, tragedia y filosofía, como se propone este libro. ¿Libro, escribí? Más bien un clamor desesperado.

Mística, tragedia, filosofía. Quizá en rigor nos quedemos sólo con las dos provincias primeras. La filosofía apetece desaparecer (o convertirse en otra cosa) si las dos provincias enunciadas prevalecen. A la larga la tragedia es el síntoma de un inacabado proceso, de una insuficiencia, de un anhelo o de una casi desafortada esperanza. Sólo quedaría la mística como solución unitiva entre los dos reinos enemista-

dos: la razón instrumental y la vida sumergida... La mística, que es amor, poesía, sueño de Dios. La mística, que es mediación, verbo encarnado, solución unitiva. Descendimiento, piedad inabarcables, más allá, más allá, hasta el mundo cuántico inclusive... “Si un grano del amor arder pudiera, no en el amante, en el Amor, sería la más honda verdad lo que se viera...”, escribió sibilamente Antonio Machado. ¡Ah, san Juan de la Cruz, Nietzsche, Massignol!, como viajeros hacia un post-futuro, hacia una radicalidad casi infantil. Génesis de una angustia futura. Otra angustia: cósmica, natural. Por eso María Zambrano reconoce (en carta a Medardo Vitier) que “vengo, no voy hacia la filosofía”... Por eso sus semejantes, Ibn Arabi, san Juan de la Cruz, Nietzsche, Lezama, Massignon, son místicos o colindan con la mística.

La vanidad es nuestro mayor pecado. Parece que para encontrarnos, es decir, para dibujar una imagen idolátrica de nosotros mismos, tuvimos que cometer el mayor exabrupto de la vanidad: querer ser Dios contra el universo, contra nuestra patria natural. Querer ser Dios contra Dios. En el fondo nos desterramos, nos exiliamos de una naturaleza *otra*. Somos como el ejército innumerable de una antigua y contemporánea *escuela del resentimiento* universal. Vale la pena citar a propósito un pasaje de Lezama de su “Pífanos, epifanía, cabritos”: “Cantaban como un cántico nuevo delante del trono. Acorralad, tropezad, cabritos; al fin, empezad chirimías, quedan solos Dios y el hombre. Tremenda sequía, resolana: voy hacia mi perdón”. Éste es un tema central de este libro, quizá su tema primordial. Vanidad o soberbia de la razón. Y frente a ellas, el clamor de las criaturas sumergidas, desamparadas..., que esperan su resurrección. Frente a ellas, el clamor de lo que fuimos o seremos alguna vez. Es un clamor que proviene de los abismos del Ser. Nuestro propio abismo, que, como dijera Nietzsche, al mirarlo, también nos mira.

Todo este libro soporta un exhaustivo aunque selectivo re-conocimiento de la historia de la filosofía, como que su centro es *El*

*hombre y lo divino*. Pero en realidad esa excesiva contextualización termina por ser hasta cierto punto enfática, o, mejor dicho, sólo sirve como un punto de apoyo o de despegue. Porque funciona sobre todo para destacar *una nueva mirada*, la de Zambrano (*la fijeza de una mirada*, diría Lezama), pero una mirada a la vez piadosa y omnicomprendiva, amén que trágica, ayudada o acompañada por aquellos seres afines, *víctimas*, hijos errantes mencionados, y también de otros filósofos (Heidegger en primer lugar, también Ortega) que le sirven de contrapunto o, como es el caso de Ortega, de punto de partida). Huir del centro, del sistema, hacia el fragmento, hacia el oscuro orden del caos, hacia el fracaso o, lo que es lo mismo, hacia *las mismas vivas aguas de la vida*. ¿Cómo puede el espíritu conservar su mirada vigilante cuando se confunde con el alma? ¿Cómo puede lo Divino rescatar y conservar lo Sagrado? ¿Cómo se puede descender a *los profundos* y luego ascender con ellos hacia la luz, *conservándolos*? ¿Cómo podrá el hombre devolverse, arrojarse, re-convertirse, hacia *otra cosa* increíble? Si algo suscita este libro son preguntas creadoras más que dudosas certidumbres. O, en todo caso, busca “seguridades del alma”, como pedía María Zambrano.

Hay una oscura y enorme puja en este libro, algo como un parto infinitamente pospuesto aunque infinitamente inminente. En esta noche helada, polar, tantas veces invocada aquí, en este inabarcable desamparo, acaso estemos más cerca que nunca del *fiat lux*. Lo dice el sueño de las entrañas, de las vísceras, esas formas monstruosas pero ávidas de vida, que acaso aguardan las futuras formas que vendrán, como en el capítulo de la Medusa de *Claros del bosque*. La incesante, envolvente reiteración de esa puja, delata el sentido último de este libro y de la razón poética de Zambrano. ¿Qué es la razón poética sino el lenguaje de *esas formas que vendrán*? Como diría ella: *una mirada remota que nos tiende una órbita*. Es también una forma de mediación y de conjuro, una suerte de sacrificio propiciatorio, un renunciamiento para acceder a una ambigüedad profética. Por ello es tan importante en *El logos oscuro* la par-

te donde se aborda el lenguaje, y que nos hace comprender mejor la ambigüedad inherente del lenguaje zambraniano, la búsqueda de una *palabra perdida*.

Moreno Sanz tuvo que cometer una especie de lúcida *sequedad* para con su propio lenguaje, que no es aquel tan lúdico de SIC, de su *Encuentro sin fin...* El lenguaje se contiene pero para dar paso al delirio del pensamiento. Como si quisiera dejar desnudo, expuesto, al solo pensamiento, para que se haga más evidente el síntoma de su desamparo, de su incompleta faz. Los actores salen a escena, desnudos, expuestos. Piden ser mirados o salvados desde *otra* luz. Quieren ser *hijos*. Pero ésa es la mirada hospitalaria de Moreno Sanz, no lo olvidemos tampoco. Como diría el verso del poeta suicida cubano, Raúl Hernández Novás: *El que ibas a ser está esperándote*. Es un tipo de crítica, amorosa, que practicaba Martí. Como el de un *exégeta andaluz* (que pedía Darío o María), de antigua fuente sufi, o un redivivo Massignon, el último maestro de María Zambrano, como ella confesó a Lezama.

Pero el diálogo sumo, aparte del diálogo mudo con Dios, es el que establece María Zambrano con Nietzsche, y que propicia Moreno Sanz. Diálogo trágico, pero también diálogo del Amado con la Amada. Diálogo místico, como pocos. Es que María se convierte en la madre de Nietzsche. La vemos casi acariciando, refrescando las sienas que deliran del hijo demente, como en una escena shakespeariana. Nietzsche, acaso el mayor hombre verdadero y por eso mismo el mayor loco y el mayor suicida de nuestra Edad Caótica (como la nombra Harold Bloom), profeta y síntoma él mismo tanto de la muerte del Dios cósmico como de su necesaria resurrección.

En realidad, estos cuatro tomos de Moreno Sanz son uno y varios libros a la vez. Hay un Lezama, un Ibn Arabi, un Massignon, un Heidegger y un Nietzsche sobre todo, este último, me atrevería a decir, casi un Nietzsche recién nacido. Porque es como si el autor de *Así habló Zaratustra* fuera no sólo prolongado sino renacido, confrontado, enriquecido, completado por sus pariguales. Pero poco o nada de

esto pudiera apreciarse sin la mediación de Moreno Sanz.

Una zona de *El logos oscuro* puede servir, como ejemplo, para demostrar cómo su autor puede descender a realizar una minuciosa hermenéutica textual cuando así lo exige el desciframiento de claves decisivas para el esclarecimiento del pensamiento de María Zambrano. Me refiero al acápite 3.5., "El hombre verdadero según Zambrano", volumen II, donde Moreno Sanz comenta paso a paso los dos textos casi herméticos "Hombre Verdadero: José Lezama Lima" y "José Lezama Lima: Hombre verdadero". Crítica textual, crítica de fuentes, hermenéutica simbólica y, sobre todo, un pensamiento relacionador, erudito y de una intensidad imaginal (que no imaginaria) por momentos deslumbrante. Y todo esto sólo como un detalle dentro de un contexto más amplio. Quiero decir, otro libro posible dentro de *El logos oscuro* sería "El Hombre Verdadero". A veces se tiene la impresión de que este libro está compuesto como las muñecas rusas o como esas ondas concéntricas que se forman al dejar caer una piedra en un agua tranquila. O como una suerte de calidoscopio o *aleph*.

Sirve este libro también para acabar con muchos de los prejuicios que existen sobre María Zambrano. A partir de ahora no vale hablar de vago misticismo, de delirio poético, con tono paternalista. A partir de ahora habrá que tomar partido sobre presupuestos más radicales, porque ellos ya comprometen no simplemente una legítima opción sapiencial sino un proyecto de vida futura. Quiero decir: a partir de ahora se podrá elegir pero al hacerlo ello comprometerá también nuestra persona, *la forma en que seremos percibidos*. Moreno Sanz tiene la valentía de implicar el destino de su persona así como el sentido de su pensamiento con la escritura de este libro.

Es cierto que *El logos oscuro* está pensado, sentido, ensoñado, vivido desde la perspectiva *de la redención*, como dijera Adorno. Y habría que traer de nuevo a colación el texto citado de "Pífanos, epifanía, cabritos", de Lezama. Tal vez sea ésta la corriente subterránea que lo atraviesa todo como un rayo extático de

amor (pero el amor ¿no es un anhelo siempre insatisfecho?). Es como si se confrontara la necesaria asepsia o impasibilidad filosófica con un rumor amoroso, envolvente, avasallador. Ése es el tipo de subjetividad que agradezco en un libro. Ese *más*, ese exceso que convierte a un libro en algo tan rotundo y a la vez tan huidizo como una persona, una creación viviente, quiero decir, en cierto modo imprevisible y profética. Lezama diría *hipertélica*, porque va siempre *más allá de su finalidad*. (Lezama escribió: “Como el amor si el tiempo lo detiene / apesura su sueño en dulce espera, / o cumplido su fruto, sólo viene / a su forma, y de nuevo desespera. / Indiferente al signo adviene / aunque incesante sus deseos ardiera, / pues cuando ya el fuego lo enajene, danza en la sombra, desapareciera”.) Pero no confundamos esto con una lectura utópica o teleológica. En realidad, me sentía leyendo este libro como ante una víspera, un alba permanente o un inacabado amanecer. Es como una prolongación de *De la Aurora*, de María Zambrano. Porque *El logos oscuro* muestra y a la misma vez preserva su misterio.

Razón poética: ¿la mayor *aporía* jamás intentada? Puede ser. Tal vez. Quién sabe. Pero ¿hay alguien que pueda definir un crepúsculo, la mirada de un niño o *el sentido de una derrota*? He escrito esta última frase con marcada intención. “Sentido de la derrota” es un texto poco conocido de María Zambrano, publicado en La Habana en 1953. Puede leerse en la reciente compilación de María Zambrano, *Islas*, en esta misma colección de la Editorial Verbum. A veces María Zambrano parece como *la voz* manifestada de un personaje de Sender, Lizaveta, la noble rusa desterrada que acompaña a Cagliostro a través de toda España en *Las criaturas saturnianas*. Nunca sabemos lo que piensa Lizaveta, sólo lo que ve. Pero lo que *ve* es el mundo insondable de lo sagrado. Es una derrotada, está muerta para la vida, y sin embargo, y sin embargo... su persona es como el retoño remoto de una espiga dorada. En esa ambigüedad estamos. De esa ambigüedad se nutre la razón poética o *logos oscuro*: conocimiento de muerte para la vida (o viceversa).

Después del largo, ancho, recorrido por este *logos oscuro*, lleno de caminos ciegos o extáticos, todo, sin embargo, no tendría un verdadero sentido, quiero decir, un sentido ulterior, si no finalizara como lo hace Moreno Sanz, enfatizando el sentido profundo del fracaso de María Zambrano. Claro que ya ese fracaso acaece desde una alta y honda, casi abisal, jerarquía. Es casi una vocación, además de una radical consecuencia por haber expuesto su rostro a la intemperie. Ese fracaso, entonces, nos expone a todos. Porque sólo el que fracasa puede recomenzar, así sea sobre *los restos de un naufragio*, o, al menos, para dejar abierto un vacío que anhela ser llenado.

¿Que no concluyó su proyecto de realizar una crítica de la razón discursiva? ¿Que no pudo culminar su intento icárico de rescatar para la filosofía todo el mundo sumergido por la tiranía de la razón? Amigos, de haber realizado esto, acaso habría que nombrar a la filosofía con *otro nombre*. Ya se sabe cuál. De haber realizado esto, acaso no estaríamos todavía en este páramo sombrío. No, no nos dejó acabada su crítica de la razón discursiva, pero nos dejó en prenda algo mejor: su persona, esa que sí realizó con su vida *el viaje* que toda la filosofía —al menos tal como la entendemos hoy— no ha podido realizar nunca. Nietzsche, Massignon, Lezama: los hospitalarios, los trágicos, los sacrificados, los *idiotas*, los fracasados. También los hombres verdaderos, los bienaventurados, los seres de la aurora. Como *ella misma*. Que, como se lee en el acápite 5.4.3., “Corazones tan blancos o simples auroras por nacer”, volumen III, siempre parecerán cantar desde la más profunda oscuridad: *¡Cuántas auroras hay que todavía no han lucido!*, o, como confiesa que rezaba frente a un cirio encendido con el verso gnóstico de Lezama: *¡Oh luz manifestada que iguala al ojo con el sol!*

Jorge Luis Arcos  
 Universidad de Bariloche, Argentina  
 Casa de América, Madrid,  
 25 de mayo de 2009